

tra fe. Como mártir, os convida á seguir sus pasos para caminar por las sendas de sus sufrimientos. Como profeta, os anuncia los combates que debeis sostener sobre la tierra, y la recompensa que os espera en el cielo.



PANEGÍRICO

DE SAN ANTONIO ABAD:

PREDICADO

en la iglesia de Canónigos Regulares de S. Antonio, y en la de S. Nicolas del Chardonnet.

Videte, & admiramini.
Menospreciadores, mirad y admirados. *Actor. 13. v. 41.*

En ningún tiempo se ha respetado á los Santos menos que en el nuestro. Este siglo, que va á turbar el silencio de los sepulcros mas infames para resucitar nombres favorables á la incredulidad, solo sabe censurar á los hombres que merecen vivir, tanto en la historia de la humanidad, quanto en los anales de la Iglesia. Reparte sus elogios á los Porfiros y á los Celsos; y sus menosprecios los tiene reservados para los Pablos y los Antonios. Este Santo con especialidad es para el mundo libertino é impío un motivo de murmuracion indecente, de imputaciones

escandalosas. ¿No habrá conocido nuestro siglo en *S. Antonio* mas que sus tentaciones? Reparad los que le menospreciais, reparad y admiraos.

Vivió mas de un siglo, y todo este tiempo fué agradable al Señor. Reflexionad sobre su vida, y os avergonzareis de atacar á un Santo tan digno de vuestra veneracion y respeto. *Videte, contemptores.*

Desde el tercer siglo hasta nuestros dias ha sido celebrado su nombre en todos los parages del Universo. Seguid las huellas de su gloria hasta los remotos climas en que el mundo concluye con sus límites. *Antonio*, que es el objeto de vuestros menosprecios llegará á ser el de vuestra admiracion. *Contemptores admiramini.*

El fue el ornamento de la soledad, el patriarca de los solitarios, el terror del infierno, el azote del arrianismo, el vencedor de los tiranos: estos son los títulos concedidos á su reputacion despues del reynado de Constantino. Nuestro Santo los mereció por su retiro, su penitencia, sus combates y sus triunfos.

Antonio tuvo en la Iglesia un siglo entero de mérito. Así lo vereis en la primera parte. *Videte, contemptores.*

Antonio hace quince siglos que le venera la Iglesia. Esta reputacion os admirará en la segunda. *Contemptores, admiramini. AVE MARÍA.*

PUN-

PUNTO PRIMERO.

Sin duda es un mérito raro, y tal vez único, el de caminar siempre igual por el espacio de todo un siglo por las escabrosas sendas de la perfeccion: conservar en la helada vejez el mismo fuego que anima en la ardorosa juventud; y contar por el número de los dias el de los sacrificios. No fué otro en realidad el maravilloso mérito de *S. Antonio*.

Un siglo entero de fervor practicado sin la menor escusa.

Un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion.

Un siglo entero de servicios hechos sin interes.

Tal es el singular carácter que distingue á nuestro Santo en la Iglesia. Libertinos é incrédulos, yo os convido á que escuchéis. *Videte, contemptores.*

Nació quando Decio gobernaba el Imperio Romano, y murió quando le mandaba Constantino. La aurora de este astro que debia iluminar el desierto, empezó mediados del tercer siglo; y ya habia pasado la mitad del quarto, quando todavia brillaba en aquel tiempo en la Iglesia. Veinte Principes vió imperar sucesivamente en el trono de los Césares, y todos ellos le observaron siempre en una constante práctica del fervor.

Este, pues, habia nacido con él. Apenas se despertó su razon, quando ya se habia apoderado la reflexion de su entendimiento. Veia delante de sí las ligeras ventajas de la

E 2

no-

nobleza y opulencia que despreció. Advirtió tambien el christianismo y la virtud (1), de cuyos recursos como tan útiles se aprovechó. Las ciencias profanas no le emplearon sus primeros dias. *Non se litteris erudiri passus est* (2). La de la salvacion fué su ambicion única. El sepulcro de un padre querido, y de una madre tierna, era para él una escuela de donde salia una voz eficaz y persuasiva que le hacia ver no debe vivir el christiano sino para disponerse á morir bien. Libre é independiente, ¿en que os parece empleaba aquellos favorables instantes, en los que ni tenia maestro á quien consultar, yugo que sufrir, ni juez á quien temer? En escoger un maestro como Dios, á quien con muchísima razon tenia en lugar de padre: en cargarse con el yugo de la perfeccion, mas honroso que la sujecion misma: en nombrar á la conciencia por su juez, mas rigurosa que los primeros directores de sus acciones.

Echó una ojeada observadora por el mundo, y sus miradas no advirtieron otra cosa que peligros que le amenazaban. Esto fué bastante para que todos los vinculos de la amistad, del parentesco y de las comodidades no le detuviesen en él. Rompiólos, pues, *Saeculi vinculis liber* (3), y llevó al retiro la inocencia; no el arrepentimiento. Anda tierna víctima, anda á donde el cielo te llama. Sigue enhorabuena tus deseos, pues que se

(1) *Atban. in vit. S. Ant. c. 1.*

(2) *Ibidem.* (3) *Ibidem.*

dirigen solamente á la virtud. Pero ántes de que te hagas un sepulcro en el desierto, quiere el cielo merecerte un sacrificio. Antonio debia por un prodigio de desinterés prepararse para los de penitencia. Penetrado de esta gran máxima, corrió al santo templo, y escuchando con docilidad la palabra de vida, recogió el fruto de ella. Oyó jó misteriosa conducta de la Providencia! Oyó estas expresiones de la sagrada Escritura: *Si quieres ser perfecto, vende todo quanto tienes, dáselo á los pobres y sígueme.* Su corazon le estaba diciendo, que era á él á quien se dirigian estas palabras. *Ad se dominicum traxit imperium* (1). Obedeció, y al instante sacrificó sus posesiones y esperanzas. Hasta lo que habia reservado para una hermana, digna de sus cuidados y de su ternura, lo repartió entre los miserables al percibir aquellas palabras del Evangelio: *No pienses en mañana....* El se sepultó entre la soledad sin otro tesoro que el de sus virtudes, y con la generosa resolucion de hacer la conquista de las que le faltaban.

Penetremos con la consideracion hasta en medio de su soledad. Determinémosnos á profundizar su corazon. ¡Quantas maravillas se nos van á descubrir! Nuestro Santo estaba poseido de la noble ambicion de no aguantar ningun ribal en la carrera de la virtud. Empezóla con austeridades que asombran á la naturaleza. Su ayuno era continuo. Casi

(1) *Ibid.*

se puede decir, que á fuerza de privaciones se habia despojado de su cuerpo, ó que esta pesada masa se habia vuelto un cuerpo glorificado. Su vida mas bien era una lenta muerte. *Mors dicenda potius quàm vita.* Antonio era un mártir que se inmolaba sin cesar, ó que continuamente renacia de entre sus cenizas para inmolarse de nuevo. *Vita ejus Martyrum.* Su ingeniosa crueldad inventaba suplicios ignorados hasta entónces de los mas pérfidos tiranos. Y ¿tenian por objeto castigar iniquidades? No por cierto: solamente estaban destinados para mantener virtudes.

A la severidad de su penitencia se pueden añadir los arrebatos de su amor. Su corazón estaba, por decirlo así, transformado en una viva llama. No, exclamaba en los heróycos impulsos de su caridad, yo ya no puedo temer á Dios, sino amarle. *Jam non timeo Deum, sed amo* (1).

De este amor, como de su principio, nacia la mas sublime contemplacion. Pero ¿quien podrá seguir á nuestro Santo en los continuos ejercicios de sus oraciones? Los dias no eran bastante para su fervor. Hasta en la obscuridad de la noche alargaba sus fogosas y extáticas conversaciones con la Divinidad. Como que reprehendia al sol su piedad, porque venia con tanta ligereza á iluminar los secretos consuelos de que gustaba.

Aunque otros hiciesen de su soledad el teatro de su zelo, no se puede considerar á An-

(1) Casan. in vit. Patrum

tonio por esta circunstancia el legislador y apóstol del retiro: consiste en su santidad. Los Santos siempre estan descontentos de sí mismos.

Aunque fué tan perfecto, quanto la fragilidad humana le permite al hombre, todavia procuraba por una emulacion incomparable, y despues de un siglo de sacrificios, aspirar al mérito de una perfeccion mas eminente. *Æmulabatur.* Por mas virtuoso que era, luego que el cielo le hacia conoecer que existia un hombre que se distinguia mas que él por la brillantez de sus virtudes, se entregaba, con una sublime ambicion, á imitarle.

Dígalos sino Pablo, aquel héroe christiano que segun creyó nuestro Santo le aventajaba en la penosísima carrera de la perfeccion: aquel Pablo, padre, gloria y cabeza de los eremitas: aquel Pablo, que con las alas de la fe, voló el primero al desierto, é hizo de él una escuela de caridad, un teatro de penitencia, un templo de oracion: aquel Pablo, cuya juventud no conoció las pasiones sino para sujetarlas: que en la mas avanzada edad ignoraba el mundo, y parecia desconocerse á si mismo: que agobiado y debilitado con el peso de los años, sin ser abatido, conservaba todo el fuego del amor divino... ¡Que no tenga yo la pluma y el ingenio de San Gerónimo para representar á nuestro héroe, quando al través de una senda desconocida se determinó buscar á Pablo hasta encontrarle! Al sentir sus pasos parecia que

se allanaban las mas altas montañas. Los mas horribles desiertos ofrecian á su zelo un camino sembrado de flores.... La emulacion no conoce ningun obstáculo.

El amor que movia á nuestro Santo, le dirigió hasta aquella venerable gruta, depositaria del tesoro que buscaba. Percibió; pero ¿como es posible explicar los sentimientos de su conmovida y satisfecha alma? Percibió que aquella luz del desierto estaba pronta á extinguirse y apagarse. ¡Ah! Las fugitivas fuerzas de Pablo anunciaban ya su último aliento. Postrado humildemente *Antonio* á los pies de este prodigio, que le asombraba y confundia, tuvo la dicha de que le escuchase y admirase. Manifestóse, pues, que era un discípulo que iba á consultar con su maestro, un hijo que iba á oír los documentos de su padre. Mas apenas poseyó á este maestro, á este padre, quando le perdió. Espiró Pablo.... Aquí parece que se está viendo enriquecer á Eliséo con el duplicado espíritu que le comunicaba *Elías*. Cargado *Antonio* con los preciosos huesos de Pablo, se impuso, sin embargo de su muerte, la obligacion de poseer sus sentimientos. Cubierto con sus vestidos, se volvió á su amada soledad para dar un nuevo esfuerzo á su fervor. Practicado este por el discurso de un siglo sin el menor tropiezo, constituyó su primero y principal mérito; pero se descubrió mucho mejor todavia por un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion.

Quando os anuncio sus combates, no os

de-

debeis figurar, que son de uno de aquellos perjudiciales vencedores que sobre arroyos de sangre corren á la conquista de los imperios, afirman su trono con la ruina de las naciones, no hay espectáculo que mas les divierta que el que presentan las ciudades que han reducido á cenizas; y le parece que no aseguran su gloria, sino á medida de como agobian con males y desgracias la tierra y sus habitantes. No por cierto. El vencedor que llama vuestra atencion lo es del infierno, no de los reynos ni de los hombres de la tierra. Todos los espíritus malignos parece que se conjuraban para perderle. ¡O precioso desierto! ¡O teatro y testigo de tan raras y nuevas expediciones! Manifiéstanos como supo resistir á la tentacion, vencerla y aprovecharse de su victoria. La incredulidad perdonará á la eloqüencia sagrada, de que acerca de las tentaciones de nuestro Santo, y al lado de unas respetables verdades, coloque los acontecimientos á quienes llama ingeniosas ficciones. ¿Quien ignora las sacrílegas invectivas con que los pretendidos espíritus fuertes tiran á oscurecer las tentaciones de *San Antonio*? Pero las mismas que los audaces filósofos intentan suprimir, comprueban *San Atanasio* y *San Gerónimo*. ¡Incrédulos! Si á estos dos no les respetais como Santos, respetadles á lo ménos como sabios. Ellos son unos sabios tan incapaces como vosotros de alucinarse; y mucho ménos aun de prostituir al error su pluma, consagrada á descubrir la mentira y no á acreditarla.

¡O,

¡O, hermanos míos! ¿Que cosa habrá entre las tentaciones de este gran Santo, que no nos represente una pintura fiel de las diversas tentaciones de que nosotros mismos estamos mortificados?

A vista de su retiro se impuso el mérito de olvidarse del mundo. Hasta en lo mas escondido de él le perseguía, y se le representaba con los encantos de las grandezas y con la expectativa de la gloria. *Immittebat eî fluxam sæculi gloriam* (1)... En el propio estado infinitos corazones sufren los mismos asaltos. La tentación de los honores mas bien es la nuestra que la de *Antonio*.

Este, pues, se desprendió de las riquezas que heredó de sus padres; pero el espíritu tentador se las traía á cada instante á la memoria. *Memoriam possessionum* (2). Consideraba los infinitos bienes que hubiera amontonado, si empleando aquellos tesoros hubiese sabido darles el giro correspondiente... La tentación de las riquezas no era solamente propia de él. Si nosotros tuviéramos las mismas virtudes, tendríamos que resistir los mismos peligros.

Superior á las tímidas reflexiones de la naturaleza, rompió los vínculos de la carne y de la sangre. El infierno le hacía escuchar la compasiva voz de una hermana que reclamaba sus atenciones y cuidados. *Sororis defensionem* (3). ¿Para quien no es una misma la ten-

(1) *Atban. in vit. Ant. c. 2.*

(2) *Ibid.* (3) *Ibid.*

tención de la carne y de la sangre? No es necesario ser santo para experimentarlas. ¿Es de admirar que *Antonio* la sintiese?

Como víctima voluntaria de la penitencia, no ofrecía en su cuerpo estenuado á la tierra sorprendida, sino la imagen de un cadaver vivo. El espíritu infernal le mortificaba con la inquieta idea de que su penitencia era una indiscrecion, un homicidio. *Corporis fragilitatem* (1). ¡Ah! ¡Que lazos tan sutiles nos tiende el infierno en el camino de la piedad! La tentación de nuestro Santo es la de casi todas las almas virtuosas.

Estableció un método de vida, que sin cesar practicaba los mismos ejercicios. En este estado, siempre semejante á sí mismo, le mostró el infierno un disgusto honroso, soberbio y despreciativo. *Virtutis arduum finam* (2). Así se hace sentir á las almas mas santas la amargura del disgusto. En efecto, esta fué la tentación de nuestro Santo; pero con ella hay muchos en el mundo que le acompañen.

Vencedor de las tentaciones, y de las ocasiones mas peligrosas, creyó, bien que en vano, no volverían á renacer en él. Aunque es fácil huir del mundo, no lo es el huir de sí mismo. Esto no se puede conseguir, porque siempre queda una imaginación fecunda, unos sentidos animados, una memoria fiel, un entendimiento, un corazón. A este corazón, pues, es á quien el infierno intentó pervertir... Ata-

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*

cóle con encantadores espectáculos, representaciones luxuriosas, objetos seductores, ardores interiores, llamas irritantes y sueños que parecían la misma verdad. *Cogitationes sordidas* (1); Ah! Tal vez, hermanos míos, acabarán vuestros corazones los retratos que yo no me atrevo á bosquejar. La tentacion de los placeres es de todos los siglos y edades. Nuestro Santo era un hombre, y á pesar de sus virtudes no pudo eximirse de ella.

Pero ¿que es lo que oigo? ¿De donde vienen estos llantos, estos suspiros? Póstrase á los pies de *Antonio* un tierno mancebo, le pinta su flaqueza, le confiesa su vencedor y le felicita su victoria: *Puer flebat* (2). Siempre meditaba el infierno su ruina: se prometia derribar por la vanidad á un corazon que no habia podido seducir por la holgazanería y el regalo. No es su exemplo el único que hay de esta clase. Al que resiste la tentacion de la luxuria procura el enemigo corromperle con la del orgullo y la soberbia.

Si aun de este modo no puede sorprenderle, espera tal vez por el terror intimidarle. ¡Quantas tempestades resuenan! ¡Quantos rayos centellén! La soledad de *Antonio* pende en un hilo. Todo se trastorna, todo se confunde. ¡Que fantasma! ¡Que furias! ¡Que monstruos! *Multifaria demonum turba*. Imágenes demasiado sensibles de las tempestades, con cuyos golpes nos amenaza el demonio para arrancarnos una inocencia que trastorna

(1) Ibid. (2) Ibid. (3) Ibid. (4) Ibid.

na todos sus designios. Infinitos christianos hay en el mundo que experimentan tan grandes tentaciones como nuestro Santo.

Pero ¿quanto valor manifestó en ellas? Vosotros, hombres injustos, vosotros digo ¿por que así como habeis conservado la descripcion de sus combates, no reproducís á nuestra vista las poderosas armas que opuso á sus enemigos? Es verdad que el infierno empleó contra él mil artificios y engaños; pero tambien oró y suplicó: *pernoctabat in oratione* (1), y la oracion fué su impenetrable escudo. Veló: *Vigiliis*; y la vigilancia fué su armadura. A la oracion y á la vigilancia unió la fé: *fide*, y su fé triunfó. A grandes pasiones siempre opuso mayores virtudes.

¿Se podrá escapar de caer su constancia en el trastorno general de toda la naturaleza? ¿*Antonio* caer? ¡Ah! ¡Que concepto tan despreciable é indigno habeis formado de él! No temais, oyentes míos. Sobré su rostro estampó el signo adorable de la cruz: con ella aterró al infierno.

Al modo de Constantino fué para él esta gloriosa señal un seguro garante de la victoria. Pues ¿por que no debo yo creer, que aquellas palabras: *In hoc signo vinces* fueron dirigidas al solitario del mismo modo que al Emperador? Ambos se veian en la precision de mantener una guerra difícil y arriesgada: el uno contra los enemigos de su corona: el otro contra los de su salvacion. Constantino pa-

(1) Ibid.

para asegurar su trono, *Antonio* para afirmar su santidad: el primero para obtener el imperio, el segundo para merecer el cielo: aquel contra Maxencio, este contra el infierno. Ambos caminaban con el estandarte de la cruz, y al ver este augusto signo, temblaban sus enemigos, se dispersaban y eran derrotados. Con la cruz triunfó el Emperador de un poderoso ejército; con ella triunfó el solitario de la mas horrible persecucion. La victoria de aquel fixó la época de una revolucion maravillosa, tanto para el imperio, como para la Religion: la victoria de este causó una revolucion que llevó á su retiro la paz, y á su conciencia el sosiego. Baxo el amparo de la cruz dieron uno y otro al universo los mas grandes motivos de admiracion: Constantino, como un César christiano; *Antonio* como un solitario legislador. *In hoc signo vinces.*

¡ Ah, hermanos míos! Y cómo le veriais si hubieseis podido pasar á su retiro, instruir á sus discípulos con sus exemplos, descubrirles las astucias del enemigo, advertirles su vigilancia, pintarles su atrevimiento, y arreglar su fervor: hacerles ver que con la gracia no hay tentacion tan fuerte que no pueda resistir el hombre mas débil. Nuestro Santo se aprovechaba de tan divino auxilio para resistir al enemigo comun: se aprovechaba de él para velar con mas atencion sobre sus sentidos, su espíritu y su corazon: se aprovechaba de él para combatir sin cesar contra sí mismo, y no mirar como seguro un estado tranquilo.

Su

Su mérito no consiste solamente en un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion. Pende mas principalmente en los servicios que hizo sin interes alguno durante el mismo siglo.

Pero yo me engaño, porque siempre estuvieron animadas todas sus acciones de un poderoso interes; quiero decir, del interes de la justicia, del de la verdad y del de la virtud. ¿ A quantos hizo servicios muy particulares? *Multis utilis fuit* (1). Su retiro eran las delicias; pero dexaba de serlo en el mismo instante en que le parecia perjudicaba á algun enfermo que reclamaba su mediacion y amparo. Quando creía servir en ello á la humanidad, ó á la Religion, le abandonaba sin el menor tropiezo. La humanidad fué quien le llevó á los tribunales de justicia para implorar la clemencia de los jueces en favor de hombres acusados de crímenes, y prontos á ser condenados á muerte. Hablaba, persuadia y triunfaba. Desarmados los jueces cesaban los arrestos, rompianse las cadenas de los infelices, y el dia que debia alumbrar su suplicio, comunicaba luz á su libertad. La Religion fue igualmente quien despues de haberle conducido por el desierto para su propia santificacion, le hizo salir de él para la santificacion de todo el mundo. Tan breve se hallaba en la soledad como en Alexandria. ¡ O maravilloso contraste! En la soledad se ocultaba á las tentaciones de

(1) *Atban. in vit. Ant. c. II.*

de la filosofía, de la idolatría y del error: en Alexandria se apresuraba á combatir á los sabios, confundir á los hereges, menospreciar los tiranos.

Allí explicaban los dogmas con mucho aplauso unos hombres que se llamaban filósofos. No tenían otra guia que la soberbia. Se entregaban á la idolatría por política, profundizaban sus misterios por razon de estado, alababan el culto por interes, menospreciaban los simulacros por conviccion, al paso que por ostentacion se declaraban sus panegiristas. Chocóles el nombre de *Antonio*; porque como christiano llevaba para sus ojos un borron feísimo, y como solitario era un preocupado despreciable á sus talentos. Sin embargo, deseaban verle, preguntarle y confundirle. *Sapientes eum irridere cupiebant* (1). Llegaron á él, le hablaron, le atacaron y quedaron sorprendidos, desarmados y vencidos. *Victi sunt*. El que estudia en Dios todo lo sabe.

¡O Dios de verdad! Dame aquellos vencedores discursos y razonamientos que en boca de nuestro solitario eran otros tantos rayos que confundian y aterraban. ¡Admirable prodigio, ser un solitario el apologista de la Religion! A todas las virtudes juntaba todos los talentos. Sabia orar como contemplativo piadoso: disputar como filósofo iluminado. ¡Que sabiduría se encontraba en sus discursos! ¡Que energía en sus reflexiones! ¡Que fuego

en

(1) *Atban. in vit. Ant. c. 17.*

en sus respuestas! Con el mas noble zelo, y con la mas vasta erudicion, oponia á Jesu-Christo, adorado por los christianos, á los vanos simulacros que adoraba la idolatría. Temblad, les decia, á vista de la impotencia de los idolos, imperfectas obras de vuestras manos: el Dios á quien nosotros honramos manda el cielo y la tierra, al tiempo y á la eternidad. Sin erudicion era nuestro Santomas sabio que los sabios mismos. *Illiteratus erat doctis doctior*. Aprovechaos religion santa, aprovechaos de los importantes servicios que os hace un solitario apóstol. Desengañó á dos filósofos y obró mil conversiones. Infinitos son los sucesos que coronan su zelo.

En medio de ellos se levantó una nube obscura que infundió en su agitada alma el terror y la consternacion. Todo se le iba en suspirar. ¿Que es lo que ha leído en el oculto libro de los acontecimientos futuros? Ah! exclamaba él con una voz trémula y llorosa, un peligro qual no se ha visto jamas amenaza á la Iglesia. No tardará mucho en llenar la heredad del Señor de duelo y de ruinas la tempestad mas horrible. Del mismo modo que lo predixo se verificó: preséntase la heregia mas monstruosa, y con ella todos los males y desgracias que asolaron la Iglesia.

A la heregia nada la cuestan las calumnias siempre que decore con nombres ilustres la lista de sus partidarios. Ella se finge discípulos para adquirirlos. Con la mayor audacia se honró con el nombre de *Antonio*, con

cuya sombra se lisongeaba adquirir grandes triunfos. ¿Quién es esta atrevida heregia que se alaba de tener á nuestro Santo entre sus alumnos? El arrianismo; aquella heregia tan famosa por sus impiedades y sucesos, cuyo autor es un monstruo, un modelo el mas perfecto de orgullo y de audacia, de ambicion y de hipocresía; espíritu singular, carácter fogoso, sabio sistemático, novador por venganza, impío por antojo, y tan político para asegurar la proteccion de los grandes, como soberbio para despreciarla.... El elogio de nuestro solitario, no requiere que nombre yo los obispos que Arrio seduxo, los cortesanos que corrompió, los sabios que se atraxo: ni mucho ménos que os entretenga con las fraudulentas equivocaciones que inventa el arrianismo; los conciliábulos que furtivamente congrega; las políticas astucias de que se vale.... ¿Y que viene á ser el arrianismo? El arrianismo es una heregia que no quiere reconocer á Jesu-Christo por hijo de Dios. Dios él mismo tambien, consubstancial al Padre.

Tal es la heregia que cita el nombre de *Antonio*, y cree hacer por él respetar sus impiedades. El estrépito que causó resonaba en Alexandría. Por quantas partes tenia protectores caminaba como un torrente sin límites, que jamas se los pensaban poner los que se interesaban en acreditarla.

En vano te lisongees orgulloso error, ciega heregia; en vano te lisongees contar entre tus héroes los héroes de la Religion. Nue-
tro

tro Santo está informado de los sentimientos heterodoxos que te atreves á suponerle, y se entregará á los de una justa indignacion. *Justi doloris ira commotus* (1). Con las alas de la verdad se presentó en Alexandría, *Alexandriam descendit*, y justificó de un modo maravilloso su Religion atacada por la mentira y el engaño. Declaró sin ficcion, que el Verbo es el Hijo de Dios, no por creacion ni adopcion, sino por ser el Hijo natural del Padre, el propio Hijo del Padre, la substancia del Padre.... Reparad como se interesó su zelo por la fé de Constantino en la causa de Atanasio, y advirtió á aquel príncipe que se habia ultrajado su Religion; que solo la iniquidad dictó el falso concilio de Tyro y su injusta y cruel decision, que arrebató á la verdadera Iglesia su defensor. Reparad como con una heroyca firmeza escribió al tiránico usurpador de la silla de Alexandría, diciéndole, que el error ocupaba el lugar de la verdad, y que á costa de la equidad reynaba la injusticia. ¿Quién es el que habla así? ¿Quién el que escribe de este modo? *Antonio*; pero no *Antonio* el discípulo y defensor de Arrio; sino *Antonio* el que excita contra Arrio y el arrianismo el zelo de los obispos, la autoridad de los príncipes, el azote de los concilios; *Antonio*, que publicaba en Alexandría que los arrianos son enemigos de Jesu-Christo, de la Iglesia, del estado, suyos y de sus discípulos;

F 2

(1) Athan. in vit. Ant. c. 16.

Antonio cuyo primer cuidado era el de apartar todo quanto olia á arrianismo en la santa montaña en que habitaba con la paz, la justicia y la verdad.. ¡A quantos de los que estaban seducidos por la heregía atraxo ácia sí! ¡A quantos católicos que vacilaban en la fé afirmó en ella! Tanto quanto se estremecian los espectadores de Arrio á vista del ardiente zelo que empleaba contra ellos nuestro Santo, otro tanto mas, como dice S. Atanasio, se deleytaban los hijos de la verdadera fé al ver anatematizada por esta inexpugnable columna de la Iglesia una heregía enemiga de Jesu-Christo. *Lætabantur inimicam Christo hæresim anathematizari ab Ecclesie columnâ* (1)... Vencedor de la heregía, se adquirió la enemistad y el furor de los tiranos.

Un Emperador como Maximino, enemigo de los christianos por política mas bien que por religion, injusto en sus rencores, implacable en su venganza, cruel en sus resoluciones; ingenio débil y temeroso, que elevado á un trono empapado en sangre, creia asegurar con la muerte de sus vasallos su vacilante autoridad; señor severo, juez parcial, capaz de todos los horrores porque estaba dirigido por todos los vicios; príncipe, cuya vida fué un enlace de desórdenes, cuyo reynado una serie de persecuciones, y cuya muerte el complemento de todos los crímenes: Maximino digo, declaró á la Iglesia la guerra mas sangrienta. Con sus bárbaras

ór-

(1) Athan. in vit. Ant. c. 16.

órdenes, se encendió el fuego por todas partes, y no habia ninguna por donde no resonasen decretos de muerte. Mas quien sufrió especialmente la tempestad fué Alexandria. Ella era el sepulcro de los christianos.... Súpolo *Antonio*. ¿Y os parece que miraria con indiferencia los sufrimientos de aquellos generosos mártires de Jesu-Christo? Nada ménos que eso. Sus peligros le tocaban otro tanto mas de cerca en quanto interesaban á la Religion. Su juventud parecia que se le renovaba como al águila. ¡De que colores tan variados tuvo que valerse para reunir en un mismo quadro todos los matices con que se diferenciaba su zelo! Como zelo compasivo visitaba los presos de Jesu-Christo, rompía con respeto sus cadenas, les rociaba con sus lágrimas. Como zelo eloqüente animaba á los que confesaban la fé, y les acompañaba hasta el mismo patíbulo. ¡Quanto sentia no poder participar de sus combates! A lo menos era el testigo de sus victorias. Como zelo firme menospreciaba las amenazas, insultaba á los ídolos, provocaba á los jueces. Lo único que sentia era no poderlos irritar hasta lo sumo con su fé y constancia.

Jamas desamparó á los mártires como suelen hacer los políticos. Como una roca inmovil ningun contratiempo temia. *Impavidus*. Pero ¿que habia de temer, si él mismo pedía la prision? Deseaba los suplicios, y la muerte venia muy de espacio segun el ansia con que la esperaba. Ingenioso para llamar la atencion sobre sí, se presentaba en los lugares